Crisis nueva, causas viejas

Santiago Baena Moreno,
Presidente
Consejo General de Coapi de España,
Vicepresidente Europeo Grupo Europeo de Profesionales Inmobiliarios - EPAG-

Ya hace tiempo escribía y aún sigue vigente:

Vivimos el dudoso privilegio de asistir a la que, probablemente, sea la primera crisis económica global de la historia. Nunca como ahora las economías nacionales se encontraron más interrelacionadas entre sí. Nunca los movimientos de capitales se pudieron realizar tan ágilmente y desde cualquier punto del planeta.

No son nuevas, sin embargo, gran parte de las razones que nos han llevado a la situación actual. La mano del hombre -de muchos hombres- parece ser la causa de casi todo. Y dedos acusadores señalan hoy (¿por qué no hace dos o tres años?) a algunos de los culpables, quizás porque lo que ahora les reporta dinero es explicar el cómo y el por qué de un acontecimiento ya inevitable.

La situación económica actual se podría resumir como de crisis crediticia, hipotecaria y de confianza en los mercados, de déficit público, aumento del paro y caída del consumo. Todo ello conectado, de modo que los efectos de uno de los problemas no son sino un nuevo problema, que a su vez produce efectos y éstos nuevos problemas.

Parece que el origen de la crisis se encuentra en las combinaciones de alzas en los precios del petróleo y materias primas, con actividades económicas que definiremos como «criticables». (Especulativas, pelotazos, etc …).

En el 2001 en España, el sector inmobiliario pasa por años dorados y «con el dios de la avaricia en su momento más alto» se dan: grandes plusvalías derivadas de la recalificación de suelo, la facilidad crediticia, el aumento del valor de los activos inmobiliarios y la perspectiva de nuevas revalorizaciones, generaron la espiral que caracteriza a las «burbujas».

Gobernantes, empresarios y «gurús» de la economía defendieron durante años la máxima de que *el mercado todo lo regula*, y se hicieron apóstoles de la autorregulación del sistema financiero. Se criticó y se machacó duramente cualquier intervención estatal y se terminó desincentivando la inversión productiva en la economía real y favoreciendo a los especuladores en busca de un enriquecimiento rápido. Consecuencias: las ya expuestas.

Acabado el ciclo positivo, los agentes económicos buscan refugio bajo el paraguas del Estado, ese *papá-Estado* del que tan libres quisieron sentirse mientras hubo época de vacas gordas. El que especuló y se enriqueció vuelve cual hijo pródigo a llenarse la boca con discursos a favor de la intervención, de las acciones socialmente correctas, de la necesidad de que entre todos sufraguemos las chapuzas que todavía tienen pendientes.

Los ideólogos de la política económica, pagados por los anteriores y educados en «prestigiosos» centros donde aprendieron de todo, menos a ser íntegros, o al menos a callar por vergüenza, defenestran a Friedman, Rawls y a Stigler; o al menos los olvidan por unos años, y se proclaman Keynesianos «de toda la vida». Puede sonar a exageración, pero lo cierto es que uno de los editoriales de *The Wall Street Journal* (edición Europa) del 16 de enero de 2009 tenía por título *Ahora todos somos Keynesianos*.

Son las clases menos acomodadas las que sufren más dramáticamente las consecuencias de la crisis. El pago de la hipoteca que firmaron hace unos cinco años se les hace insoportable y pronto comienzan los problemas de impago.

Como conclusión cabría subrayar que, aunque es bien sabido que en el modelo capitalista se suceden ciclos de expansión y de contracción, existen ciertos factores propios de esta crisis que sí que pudieron haberse evitado (y no se hizo).

El hombre de negocios, el teórico de la economía, el político de todo signo es consciente de que la sociedad reclama inversiones y actividades productivas y no especulativas (¿Acaso no lo advirtió Galbraith tras el crac de 1929?). La economía precisa de medidas a largo plazo, no de acciones de resultados inmediatos que faciliten inminentes procesos electorales.

Hay que volver a la cultura del esfuerzo, de los valores, de todo aquello que al hombre hace digno, y no solo pensar en lo que le hace rico. No vale pretender en estos momentos socializar las pérdidas después de haberse engordado los bolsillos y haber patrimonializado los beneficios. Lo anterior es un gran ejercicio de insolidaridad, cinismo e hipocresía.

La sociedad deberá aprender de sus errores. Sin embargo parece que el desgraciado destino del hombre es interiorizar pronto un discurso que, en nombre de la tan manida libertad, justifique todas las acciones –legítimas o no- que convengan a su cuenta corriente. Pero que pronto olvida que el dinero no otorga por sí solo la felicidad… ni la dignidad. ■